

05.

Marta Lamas, *Dolor y política: Sentir, pensar y hablar desde el feminismo*.

México: Océano, 2021, 307 pp.

ISBN: 9786075572918

Dolor y política: Sentir, pensar y hablar desde el feminismo (Océano, 2021) de Marta Lamas es un testimonio en dos sentidos. En primer lugar, es una lectura analítica del movimiento feminista capitalino actual, concretamente aquel que se ha concentrado alrededor de las universidades. Lamas explica la historia, alcances y retos de este movimiento a partir de cronologías precisas, hitos de movilización y algunas consignas y documentos que suponen que el movimiento se ha delineado lo suficiente —en sus causas, actores

y prácticas— como para que empecemos a estudiarlo con cierta distancia crítica. *Dolor y política* es un primer ejemplo de cómo acercarse con ánimo antropológico al fenómeno feminista y, en ese sentido, es una invitación a estudiar también lo que está ocurriendo fuera de las universidades, al interior de las propias colectivas y más allá de la Ciudad de México. Seguramente será uno de muchos libros sobre el potente movimiento que es el feminismo mexicano contemporáneo.

Al mismo tiempo, entretelado en ese análisis, este libro también es el testimonio personal de una feminista que lleva siéndolo cincuenta años y para quien este momento es tan emocionante como desconocido, incierto y problemático. Así, *Dolor y política* permite ver en acción a una teórica y activista como Lamas reaccionar a una nueva “ola” del feminismo —aunque ella misma desconfíe de esta metáfora— y admitir su desconcierto, hacer preguntas, recordar su pasado y explicar los lugares desde los cuales ella interpreta este momento. Que el libro entretela este testimonio en primera persona, en el que la autora despliega lo que podríamos denominar “las notas al pie” de su pensamiento, también hace de *Dolor y política* una fuente invaluable para muchas de las feministas mexicanas más jóvenes que no han sabido cómo posicionarse frente a la figura pasada y presente de Marta Lamas.

Una de las condiciones para poder seguir el análisis de Lamas está en entender sus referentes teóricos, particularmente las y los pensadores que retoma, y en cuya combinación particular se cifra mucho de la originalidad y complejidad de las ideas de esta autora. En *Dolor y política*, Lamas se basa en los planteamientos de Chantal Mouffe, Judith Butler y Wendy Brown para pensar el conflicto, las emociones, la

moral y los cuerpos como elementos constitutivos de la política en general, que en el feminismo han tomado formas particulares y concretas —a menudo problemáticas para la sofisticación del movimiento—. La lectura que hace Lamas de estas autoras nos da algunas ideas de cómo se han entrampado los feminismos en aspectos concretos del contexto político global: el neoliberalismo, la violencia contemporánea y la política de identidades.

Además de estas y otras autoras cercanas a la teoría feminista, como Nancy Fraser, o al feminismo decolonial, como Sara Ahmed, Lamas recoge decenas de referentes que el feminismo mexicano contemporáneo no suele tener en la mira. Por ejemplo, el filósofo ecuatoriano Bolívar Echeverría o el marxista argentino José Aricó, en los que la autora encuentra múltiples pistas para interpretar al feminismo latinoamericano, sus sujetos y sus prácticas políticas.

También es particularmente provocadora la forma en que la autora retoma el psicoanálisis y el análisis histórico como herramientas analíticas. Estas disciplinas, que a menudo son soslayadas en el discurso feminista contemporáneo —probablemente porque se piensan anticlimáticas frente a la urgencia de la batalla política—, son fundamentales para entender cómo nos

inscribimos en esta batalla como sujetos, y concretamente como sujetos históricos. La autora insiste en la importancia de que el feminismo contemporáneo regrese a pensar tanto el pasado propio como el colectivo, para poder avanzar más seguro frente a los retos que enfrenta. Así, rescata, por ejemplo, varios episodios de los Encuentros Feministas de América Latina y el Caribe de finales de la década de 1980 y mediados de 1990, que le permiten ilustrar y reflexionar sobre el papel que tienen los afectos y las expectativas en los procesos de organización y movilización.

En su conjunto, el libro es un gran alegato y una muestra concreta de la importancia que tiene la teoría para activar la imaginación política. Sin embargo, frente a la pregunta crucial de cuál es y debería ser el lugar de esta para el feminismo contemporáneo, quizás habría que tomar en cuenta una serie de elementos en los que la autora no se detiene pero que nos ayuda a divisar.

El primero de estos se relaciona con la pregunta sobre las autoras y los autores que las feministas en México estamos leyendo. Para Lamas, el feminismo nacional está influido en exceso por las teóricas del mujerismo y en concreto por la norteamericana Catharine MacKinnon. Según dice, esto se explica, entre otras cosas, por la

preeminencia del pensamiento estadounidense en México. Si bien esto es innegable y efectivamente nos estorba en nuestra relación con otras tradiciones de pensamiento —como hemos visto reiteradamente en debates como los suscitados alrededor del movimiento #MeToo, por citar un ejemplo—, la vecindad con Estados Unidos no lo explica todo. Sería importante hacer un ejercicio desde la historia intelectual y preguntarnos por las diversas razones que han hecho que el pensamiento de teóricas como MacKinnon haya encontrado terreno fértil en México. Habría que ubicar con mayor precisión a los sujetos, los espacios y problemáticas que explican la diseminación de estos textos y, en paralelo, registrar a aquellas teóricas que no llegaron a nuestras latitudes, así como las que llegaron y fueron rechazadas u olvidadas.

El libro de Lamas nos recuerda que necesitamos más investigaciones para entender de dónde provienen las ideas sobre lo político y sus sujetos entre las mujeres feministas contemporáneas de América Latina y el sur global. Esta reflexión nos llevaría a ver que los referentes para acercarse hoy al feminismo —entre otras tradiciones de pensamiento político— no se cifran exclusivamente en las ideas de las y los especialistas. Es crucial reconocer que las feministas actualmente se educan tanto o más en el pensamiento que se construye en las

redes sociales y en los medios de comunicación masiva. El campo intelectual se ha ampliado y diversificado enormemente. Existen nuevos lugares de generación de conocimiento, nuevas redes y nodos intelectuales, nuevos sujetos de enunciación, nuevas formas de sociabilidad. Y eso, que no puede ser sino positivo para el movimiento, también desdibuja sus referentes conceptuales. Si el feminismo mexicano y latinoamericano nunca han sido un mero receptáculo de lo que se piensa en otras latitudes, hoy lo son mucho menos que nunca. Es por ello que desde disciplinas como la antropología o la sociología es inminente buscar respuestas más complejas que las del viejo difusionismo teórico.

Por otro lado, Lamas acierta en el diagnóstico de que la teoría en realidad tiene un lugar mucho menos relevante en el feminismo contemporáneo en México —y quizás en el mundo— del que tuvo en las olas precedentes. Parte de la explicación está en el ánimo antielitista del nuevo discurso feminista que Lamas señala con tino. Esto, que por primera vez en la historia del feminismo en México lo asemeja a un movimiento de masas, también supone un reto para su solidez y continuación políticas. Esto recuerda a los dilemas que han enfrentado en el pasado otros movimientos, de lo que se desprenden varias preguntas: ¿El feminismo necesita de

vanguardias —estéticas, políticas, teóricas— para su transmisión efectiva, como se pensó en ciertas corrientes socialistas?, ¿o esto atentaría contra su masificación? Con respecto al feminismo universitario en concreto, ¿cuál debe ser su relación con otros sectores de mujeres organizadas?

El lugar incómodo que ocupan la teoría y sus productores dentro de buena parte del feminismo militante del presente también se explica por el antiguo dilema sobre si priorizar la teoría sobre la práctica que, por lo menos en México, parece haberse reelaborado en una dicotomía aún más complicada: la de la experiencia de las injusticias vividas versus las causas intelectualizadas. A ojos de Lamas, la lógica que supone que no hay nadie como uno mismo para hablar de las violencias que percibe —combinada con el lugar que tienen el dolor, la rabia y la identidad individual— ha nutrido la fragmentación y la atomización que están impidiendo avanzar a ciertos sectores del feminismo en México.

La autora explica estos mecanismos de manera sencilla. Me limitaré a señalar dos de los engranajes que encuentro relevantes, pero sobre los cuales también me quedan algunas preguntas. El primero es el papel de la rabia —que no es lo mismo que el enojo, como bien apunta Lamas—.

La autora ve la rabia como un elemento fundamental del actual discurso feminista en México. Para ella, este es natural y legítimo pero tácticamente inconveniente, además de nocivo cuando deviene en punitivista. Sin embargo, al no detenerse en el uso de la rabia más allá de la protesta y verlo, por ejemplo, en la formación de las colectivas y grupos, Lamas no considera la fuente de energía, reunión y empatía que también moviliza este sentimiento. Este es parte fundamental de un cuestionamiento más profundo sobre lo que a las mujeres se les permite ser y lo que no se les permite ser. Para analizar el lugar que tiene la rabia en las subjetividades feministas contemporáneas, sería útil separarla de la violencia, que es solo una de sus posibles vertientes. Cuando volteamos a ver toda la serie de expresiones lúdicas, artísticas y performáticas que se basan en la rabia —y que la propia Lamas reconoce que son muy representativas del feminismo actual—, vemos usos innovadores y útiles de estas emociones. Una de las posibilidades de la rabia expresada lúdicamente es, como dice la standupera feminista Corina del Carmen, una forma de contrarrestar el discurso doloroso y victimista de ciertos sectores feministas.

La victimización es precisamente otro de los elementos que está fragmentando al movimiento, según Lamas. La autora ex-

plica las “espirales de significación” que se construyen a partir de la manoseada narrativa que supone que todas las mujeres, en tanto mujeres, son víctimas potenciales de los hombres en tanto hombres. La autora muestra cómo este discurso se basa en una diferencia esencialista entre los sexos que impide entender a cabalidad el funcionamiento del género y las múltiples consecuencias problemáticas de esto. La forma en que la autora desmonta esta lógica es infalible; sin embargo, superar este discurso en términos políticos no es fácil cuando, visto de cerca, el esencialismo también desafía la atomización de la política de identidades que acecha al feminismo contemporáneo. Me explico: de cara a la impresión, sin duda correcta, de que las mujeres indígenas, por poner un ejemplo, necesitan cosas muy distintas a las mujeres de clase alta urbanas, se ha vuelto natural pensar que cada una procede por su propio camino, lo que ha fragmentado al movimiento. Frente a eso, el feminismo que propone la vulnerabilidad de las mujeres como un hecho común a todas es una respuesta que pretende unir y construir una lucha común. Coincido con Lamas en que esta es una respuesta indeseada, que aliena a otras identidades de género y reniega las condiciones estructurales; sin embargo, si negamos el papel que este discurso ha tenido en la cohesión y la masificación del movimiento, no podre-

mos combatirlo correspondientemente. La pregunta de cómo hacer política que, sin ser esencialista, sea lo suficientemente abarcadora e integradora, es una pregunta urgente que queda por responderse en, y desde el feminismo contemporáneo.

Aunado a esto, para ubicar mejor el lugar que tiene la categoría de víctima en el feminismo en México, no podemos ignorar su relación con la violencia cotidiana y los movimientos de víctimas y familiares en el presente contexto nacional. Que las mujeres en México se asuman víctimas, no solo de los hombres, sino de la inseguridad y del Estado, es parte de un fenómeno más amplio. Hoy no podemos asegurar tan fácilmente eso que decía Dahlia de la Cerda en un texto que recupera Lamas en el libro, a propósito de la invisibilización de los feminicidios en el discurso público en 2016: “Yo no soy Ayotzinapa porque si me matan no habrá multitudes para exigir justicia”. Hoy esto ha cambiado, pues son incontables las marchas para protestar contra el feminicidio y que tienen a las madres de las víctimas a la cabeza.

Lo anterior es sintomático de cómo se inscribe el movimiento feminista en el panorama político mexicano nacional, pero sobre todo revela las difíciles condiciones que este comparte con otros movimientos de víctimas. Esto nos lleva a pensar en lo

que dice la filósofa francesa Manon Garcia, sobre cómo en Estados Unidos ya no se usa la palabra “víctima” tanto como la de “sobreviviente” para hablar de violencia sexual. Para ella, hablar de sobrevivientes de violencia sexual, más que de víctimas, es positivo por la posibilidad de darles a los sujetos cierta agencia. En realidad, visto a partir de sus connotaciones identitarias, el concepto de sobreviviente es igual de problemático, pero el matiz que señala Garcia es útil si pensamos en el contexto de constante y penetrante violencia en México. ¿Podemos decirnos sobrevivientes? Para serlo, la violencia tendría que encontrar algún límite y no parecemos estar cerca de alcanzarlo.

Para cerrar, coincido con Lamas y con la historiadora Gabriela Cano sobre la necesidad de combatir la metáfora de las olas porque esta nos impide ver las continuidades que existen en los movimientos feministas. Como prueba *Dolor y política*, el feminismo contemporáneo comparte muchas de las expectativas y retos de sus antecesoras. Pero también hay que combatir la metáfora porque esta contribuye a que el feminismo pierda su propia memoria y, con ello, parte de su arsenal político. Marta Lamas se formó en el feminismo de una época en la que constituir cada Frente de mujeres —como el Frente Nacional por la Liberación y los

Derechos de las Mujeres de 1979— era muy difícil: lograr construir acuerdos comunes implicaba sacrificar mucha ideología, pero también, y sobre todo, empujaba causas y lograba cosas. *Dolor y política* nos convence de la necesidad de construir un nuevo Frente, señala las amenazas que lo acechan, pero también nos da las pistas que permitirían empezar a ponernos de acuerdo para lograrlo.

Ana Sofía Rodríguez Everaert
El Colegio de México¹

¹ Una versión de este texto fue expuesta en el Departamento de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Iberoamericana el 16 de junio de 2021, en una presentación del libro donde acudieron la autora, Gabriela Méndez Cota, Mariana Palumbo y René Torres-Ruiz.